

 Seix Barral

Nina Bouraoui

Rehenes





Seix Barral Biblioteca Formentor

Nina Bouraoui

Rehenes

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Título original: *Otages*

© Éditions Jean-Claude Lattès, 2020

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-322-3869-7

Depósito legal: B. 5.896-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Me llamo Sylvie Meyer. Tengo cincuenta y tres años. Soy madre de dos hijos. Estoy separada de mi marido desde hace un año. Trabajo en Cagex, una empresa de derivados del caucho. Dirijo la sección de ajustes. No tengo antecedentes judiciales.

No conozco la violencia ni he tenido una educación violenta ni bofetadas ni azotes con el cinturón ni insultos, nada. También me es ajena esa violencia que uno lleva dentro y que ejerce contra el otro, contra los otros.

Es una suerte, una suerte enorme. Somos pocos así, soy consciente de ello. Y no es que no conozca la violencia del mundo, la conozco, pero no me traspasa la piel.

Tengo compartimentos para resistir, así soy yo: separo las cosas. Nada malo puede contaminarme. He construido una auténtica fortaleza en mi interior. Conozco cada habitación y cada puerta de esa fortaleza. Sé cerrarlas cuando hay que cerrarlas y abrirlas cuando hay que abrirlas. Y me va bien así.

La alegría es algo que hay que moldear. No sucede por arte de magia. La alegría requiere meter las manos en la tierra, en el barro, en la arcilla, y ahí es donde es posible agarrarla, atraparla.

He buscado la alegría como loca, a veces he

llegado a encontrarla y luego se me ha escapado volando como un pájaro, pero lo he aceptado y he seguido adelante, sin quejarme mucho o solamente un poco.

No sirve de nada quejarse, ni para una misma ni para los demás. Es vulgar y lleva demasiado tiempo.

Me parece que mi tiempo está contado, que mi tiempo es algo precioso. Muy a menudo me siento llevada, empujada, cuando lo que a mí me gustaría de verdad es mirar el cielo y ver pasar las nubes, echarme en un bosque, cerrar los ojos y sentir el calor de la tierra.

Amo la naturaleza. Creo en ella como otros creen en Dios. Me produce siempre un invariable sentimiento de plenitud, de sensación de grandeza, de asombro: el misterio de las estaciones que se suceden, la profundidad de los océanos, el poderío de las montañas, el color de la arena y el de la nieve, el aroma de las flores y el del musgo de los bosques, la inmensidad que nos hace tan pequeños.

Nunca me he derrumbado, jamás, ni siquiera cuando mi marido se marchó hace un año. He

resistido. Soy fuerte, las mujeres somos fuertes, más que los hombres, nosotras asimilamos el sufrimiento. Para nosotras sufrir es algo normal. Está en nuestra historia; en nuestra historia de mujeres. Y seguirá siendo así. No digo que esté bien, pero tampoco digo que esté mal. Es incluso una ventaja: no hay tiempo para lamentarse. Y como no tenemos tiempo, pasamos a otra cosa. Rapidito y así nadie se aflige.

Hace un año, cuando mi marido me dejó, no dije nada, no lloré, ni frío ni calor, como con la violencia, calma chicha.

Ya era raro que lleváramos juntos más de veinticinco años. Es mucho tiempo, veinticinco años, mucho tiempo. Son años llenos de costumbres, de amor también, pero seamos sinceros, sobre todo de costumbres, de pequeños hábitos puestos uno detrás de otro. Es una cinta que se desenrolla y que no termina nunca de desenrollarse, no se le ve el final, aunque a veces pensamos en ese final sin creer en él verdaderamente.

La cinta es de un color determinado. Para la vida con mi marido yo elegiría el amarillo pálido. No es que fuera un sol brillante, más bien era entre nubes; todo iba bien, sí, pero en cualquier momento podía suceder una desagradable sorpresa. Y no me equivocaba: un buen día se despertó y me dijo: «Me voy».

No le contesté. Me fui a la cocina, preparé la

mesa para desayunar con nuestros dos hijos, como si nada, y luego me duché muy rápido, como de costumbre.

Cuando digo «muy rápido» es para explicar que tampoco tengo tiempo para el placer. No tengo tiempo. Y es un error, porque el placer es una de las maneras de escapar de lo real.

Había un muro entre mi marido y yo. Un muro que se había levantado poco a poco. Al principio, era una pequeña línea, luego se hizo un pequeño escalón. Nos veíamos todavía, pero tropezábamos cuando uno se acercaba al otro.

El escalón se volvió cada vez más alto y cada uno permaneció en su lado por temor a hacerse daño. Nuestras manos aún podían tocarse, pero había que hacer un esfuerzo. El cemento se espesaba. De pronto dejamos de vernos, de mirarnos, de sentirnos. El muro ya se había levantado y seguía creciendo.

Habíamos acabado sin llegar a decírnoslo porque, en el fondo, lo sabíamos. Esas cosas siempre se saben. Las tememos, pero las sabemos. Es falso eso de que es una sorpresa cuando el otro se marcha. Mentira. A veces, sin admitirlo, lo esperamos, lo provocamos, y cada uno de nuestros gestos lleva a ese desenlace. Cada una de nuestras palabras también. El muro lo hemos levantado los dos. Los dos hemos ido poniendo la arena, el agua, la grava

y el hierro para que fraguase bien y nada pudiera llegar a romperlo.

Aquel día, cuando mi marido me anunció que se iba, yo no lloré. Era una noticia como cualquier otra, una más dentro de las noticias del día que yo podría haber integrado: la curva del paro, el calentamiento climático, la subida de precios, la guerra. Era algo importante, pero a la vez también algo sin ninguna importancia. Formaba parte de las cosas generales y no de mi intimidad. Eso era lo más extraño. Mi marido me abandonaba y yo tenía la impresión de que abandonaba a otra mujer. Era como si no me concerniera o me concerniera muy poco. Él no era realmente él ni yo era realmente yo. Él se iba, pero el muro seguía ahí. No lo vi marcharse. Solamente dijo una frase, algo así como, por ejemplo, voy a comprar pan, o a pagar el recibo de la luz, o a recoger la ropa de la tintorería. El lenguaje no significa nada cuando no queremos comprender. Las palabras se vuelven ligeras como pompas de jabón que flotan en el aire y estallan.

Después de la frase de mi marido, dejé al menor de mis hijos en el colegio y luego me dirigí a Cagex. Fiché, fui a mi sección, revisé las máquinas y a los empleados que iban llegando, uno a uno, mis abejas.

No era una jornada especial, tampoco ordinaria, pues en mi mente permanecía la idea de que algo había pasado, que mi marido había decidido marcharse, pero eso no me dolía demasiado, era como una piedra en el zapato, una piedra que aguantas porque no tienes tiempo para quitártela; simplemente lo aplazas y dices «más tarde, más tarde», pero ese más tarde no llega nunca y la piedra se queda allí y no piensas más en ella: forma parte de ti.

Pensándolo bien, había pasado una cosa: había cambiado de lado de la cama. No me había puesto en medio, como habría hecho otra mujer, no, yo me había apropiado de su lado, el izquierdo. Mi cuerpo sobre su cuerpo que ya no estaba ahí, mi piel sobre su piel que ya no sentía contra mí, mi respiración mezclada con su respiración que ya no percibía, mi espalda, mi costado, mis nalgas encima de él que no estaba debajo, aunque a veces me figuraba que sí lo estaba, pero tan solo era un hueco por rellenar.

Yo estaba triste sin admitirlo. Creo que fue a partir de ese momento cuando algo se me desgarró dentro. Nada serio, una especie de fisura que se había tomado su tiempo para abrirse. Y por esa fisura entró todo, lentamente, metódicamente. Como en la naturaleza, todo tuvo una respuesta, un equilibrio.

Y tenía su lógica. Y si no la tenía todavía, la iba a tener, como una explosión. Una explosión que se estaba preparando. El volumen de trabajo por hacer, la vigilancia de los empleados, el miedo al día siguiente, los pedidos por gestionar, los clientes que se pierden, los que había que ganar, al final todo eso se había acumulado.